

LIBRO TERCERO

EL MINISTERIO DE RICHELIEU

CAPITULO PRIMERO

APRENDIZAJE DIPLOMÁTICO DE RICHELIEU (1)

I. El nuevo ministro. — II. Los partidos en Francia y la situación en el exterior. — III. Ofensiva en la Valtelina y sublevación de los hugonotes. — El legado y Buckingham. — V. Paz general.

I.—El nuevo ministro

Armando Juan Du Plessis de Richelieu había nacido en París en 9 de septiembre de 1585 y era hijo de Francisco Du Plessis, señor de Richelieu, en el Poitou, gran preboste de Francia, y de Susana de La Porte, hija de Francisco de La Porte, abogado del Parlamento de París. Los Du Plessis eran simples hidalgos, emparentados por modo accidental con la aristocracia del Poitou merced al matrimonio del abuelo del cardenal con Francisca de Rochechouart, y se les tenía por violentos y pendencieros. El tipo que mejor representaba el carácter de la familia era aquel Antonio Du Plessis (llamado el *Monje*), fraile exclaustro, soldado en Italia y más tarde maestro de campo de infantería, que durante las guerras de religión había asesinado y violado más de la cuenta y que, en enero de 1576, había sido muerto en París, en la calle de Lavandieres, en una riña con

(1) FUENTES: Anevel, *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'Etat du cardinal de Richelieu*, II, y VII y VIII (suplementos). Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du cardinal de Richelieu*, 1660, 2 vol. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, Michaud y Poujolat, 2.ª serie, VII. *Maximes d'Etat ou Testament politique d'Armand Du Plessis cardinal duc de Richelieu*, 1764, 1.ª parte. *Maximes d'Etat et fragments politiques du cardinal de Richelieu*, publ. por Gabriel Hanotaux, «Mélanges historiques. Choix de documents», III, «Coll. Doc. inéd.» Bartolomé de Gramond, *Historiarum Gallia ab excessu Enrici IV, libri XVIII... auctore Gab. Bartholomaeo Gramondo... in Parlamento Tolosano praeside*, 1643. Carlos Bernard, *Histoire du roi Louis XIII*, 1646. Victor Siri, *Mémoire reconaite dall'anno 1601 sino al 1640, 1679, V y VI. Chambre des Comptes de Paris. Pièces justificatives pour servir à l'histoire des Premiers Presidents*, 1506-1791, pub. por A. M. de Boislisle. Nogent-le-Rotrou, 1873. *Mercurie françois*, XI. Matías de Novoa, *Historia de Felipe IV*, «Colección de documentos inéditos para la historia de España», LXIX. Barozzi y Berchet, *Relazioni... dagli ambasciatori veneti nel secolo decimo settimo*, serie II, Francia, II (1617-1656). *Un mémoire inédit de Richelieu* (léase Fancán), pub. por Gardiner, «Rev. historique», I, 1876. *Mémoires de Fontenay Mareuil et du duc de Rohan*, Michaud y Pouj., 2.ª serie, V. Pradel, *Mémoires de J. de Bouffard-Madiane sur les guerres civiles du duc de Rohan*, 1610-1629, «Archives historiques de l'Albigeois», fasc. V, 1898. Vialart (obispo de Avranches), *Histoire du ministère d'Armand Jean Du Plessis, cardinal, duc de Richelieu*, 1640. Aubery, *Histoire du cardinal de Richelieu*, 1660.

OBRAS DE CONSULTA: Miguel Le Vassor, *Histoire de Louis*

rufianes, «muerte, dice L'Estoile, que simboliza su vida.» El futuro gran preboste, sobrino de Antonio, había, siendo aún muy joven y para vengar a su hermano mayor, asesinado al asesino del mismo, un señor de Maussón; por lo demás, era un buen católico y un buen realista y en los Estados generales de Blois (1588) había arrestado a los principales diputados liguistas del Tercer Estado. Fiel a Enrique IV, como lo había sido a Enrique III, murió de enfermedad en el sitio de París (10 de julio de 1590).

De esta ascendencia noble conserva el cardenal rasgos muy marcados, tales como una violencia que le costaba gran trabajo contener, una altivez orgullosa que le colocaba al mismo nivel de los más grandes; aquel espíritu de dominación que desde 1622 hacía que le consideraran capaz «de tiranizar a la madre (María de Médicis) y al hijo (Luis XIII);» y por último el convencimiento de la superioridad de la sangre, causa de que, así en la Iglesia como en el Estado, prefiriese para los más altos empleos a las personas de elevada alcurnia.

Sin embargo, su perspicaz inteligencia y su aplicación a los negocios tal vez las había heredado de sus parientes plebeyos: de su abuelo materno, Francisco de La Porte, uno de los primeros abogados de París, conoci-

XIII, roi de France et de Navarre, II y III. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758, I. A. Bazin, *Histoire de France sous Louis XIII...*, 2.ª ed., 1846, 4 vol. Las investigaciones de Avenel (*La jeunesse de Richelieu*, «Rev. des Questions Hist.», VI, 1869), de Martineau (*Le cardinal de Richelieu*, 1865) y del P. Lacroix (*Richelieu à Luçon, sa jeunesse, son épiscopat*, 1890) están resumidas y completadas en: Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, I. *La jeunesse de Richelieu* (1585-1614). *La France en 1614*, 2.ª ed., 1896. G. Fagniez, *Le P. Joseph et Richelieu*, I, 1894. Doct. Ulrico Martinelli, *La campagna del Marchese di Coevres, 1624-1627. Episodio della guerra per la Valtellina*, Città di Castello, 1898. P. Houssaye, *Le Père de Bérulle et l'Oratoire de Jésus* (1611-1625), 1874; del mismo, *Le cardinal de Bérulle et le cardinal de Richelieu* (1625-1629), 1875. El P. Prat, *Recherches historiques et critiques sur la compagnie de Jésus en France du temps du P. Coton*, IV, 1876. Hubault, *De politicis in Richelium lingua latina libellus*, 1856. El P. Le Dedouvres, *Le Père Joseph polémiste. Ses premiers écrits*, 1623-1626, 1895. Geley, *Fancan et la politique de Richelieu*, de 1617 à 1627, 1884. Perrond, *Essai sur la vie et les œuvres de Matthieu de Morgues, abbé de Saint-Germain* (1582-1670), «Annales de la Société d'agriculture, sciences, arts et commerce du Puy», XXVI, 1863, Le Puy, 1865. Gardiner, *History of England*, V y VI. A. Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, I, «Colección de escritores castellanos», 1886. D. Vaissette, *Histoire de Languedoc*, nueva ed., XII, Tolosa, 1889. A. Laugel, *Henry de Rohan. Son rôle politique et militaire sous Louis XIII* (1579-1638), 1889. Michelet, *Richelieu-La Fronde*.

do por la osadía de sus réplicas y por su habilidad de causídico; y de su madre Susana, que habiendo quedado viuda con tres hijos y dos hijas y cargada de deudas, se había retirado a la triste casa señorial de Richelieu y se había consagrado con paciencia de mujer y destreza de hombre de negocios a reconstituir el patrimonio de su familia.

Cuando Armando Juan, su tercer hijo, tuvo nueve años, Susana lo envió a París, al Colegio de Navarra, en donde hizo estudios más completos que la mayoría de los hidalgos y se distinguió entre sus compañeros. Pensaba dedicarse a la carrera de las armas, así es que, una vez terminada su filosofía, entró en la Academia, especie de colegio de nobles jóvenes en el que el señor de Pluvinel, escudero del rey, enseñaba esgrima, equitación, buenos modales y las reglas del honor; mas habiéndose hecho cartujo su hermano Alfonso, obispo titular de Luzón, se decidió ó se resignó a ser eclesiástico, a fin de conservar en su familia aquel beneficio, y se puso a estudiar teología. Enseñábase ésta entonces por el procedimiento escolástico, empleando como medio de demostración el silogismo, lo que constituía una buena gimnasia intelectual. Los ejercicios de controversia, en los que se exponían y se combatían los sistemas, obligaban a maestros y a estudiantes a proveer su memoria de argumentos y de hechos y a permanecer constantemente en actividad mental y como apercebidos siempre al combate. De esta enseñanza se ha dicho que es excelente para formar inteligencias despiertas y llenas de recursos y una preparación para la diplomacia y la política. Un historiador de Richelieu refiere que éste sintió gran pasión por la controversia, hasta el punto de dedicar a ella ocho horas diarias durante cuatro años, poniendo con ello en peligro su salud; para que le replicara, había escogido a un doctor de Lovaina, sabio en letras sagradas, y como maestro a un inglés, Ricardo Smith, el cual, según parece, formó elevado concepto de su mérito. Dícese que en sus tesis de doctorado había puesto este significativo lema: *Quis erit similis mihi?* (1607).

Había sido nombrado por Enrique IV obispo de Luzón cinco años antes de la edad canónica (1606), y al año siguiente fué consagrado en Roma, adonde había ido para apresurar la expedición de sus bulas. Tenía veintidós años y era obispo, pero de un obispado muy pobre. Si se quedaba en París, veíase obligado a ir a la corte sin disponer de los medios necesarios para presentarse en ella dignamente; por esto el orgullo le indujo a retirarse a Luzón. Aquellos años de privaciones y de aislamiento fueron fecundos, pues durante ellos se agitó, estudió, predicó, restauró su catedral, visitó su diócesis, organizó misiones, compuso un catecismo muy sencillo y muy claro, al alcance de los humildes, y se dedicó a convertir a los herejes, aunque protestando contra todo lo que fuese violencia y persecución.

En aquel período conoció en Poitiers a Du Vergier de Hauranne, que fué después abad de Saint-Cyran, el amigo de Jansenio; al P. José, provincial de los Capuchinos, organizador de las misiones y fundador, en unión de Antonieta de Orléans, de las Hijas del Calvario; y al P. Bérulle, a quien permitió establecer en Luzón para sus hermanos del Oratorio «la segunda casa que poseían en este reino.» Merced a todas estas

relaciones era bienquisto de los católicos que trabajaban por la reforma de la Iglesia y de los que soñaban para ésta la dominación y el imperio.

Había esperado con impaciencia el momento de volver a la corte con honor y provecho; y ya hemos visto cómo se distinguió en los Estados generales de 1614 como orador del Clero; cómo fué algunos meses secretario de Estado, y cómo, después de muchos años de desgracia, se impuso lentamente a Luis XIII por medio de María de Médicis.

Su tortuosa y lenta marcha hacia el poder engendró en él cólera y rencor; siendo violento, había tenido que fingirse suave; siendo tiránico, habíase visto obligado a doblegarse; y estando convencido de su superioridad, había debido contemplar en el puesto que le correspondía a hombres mediocres é impotentes. Las Memorias de Richelieu, desde 1617 a 1624, con su injusta violencia contra sus enemigos, dan la medida del doloroso esfuerzo de disimulo que hubo de hacer.

De aquella prueba salía con el cuerpo enfermo, enardecido y como abrasado por la pasión interna. Violentos dolores de cabeza, malas digestiones y padecimientos de orden más ínfimo (hemorroides y retención de orina) afligían a aquel ser superior, y de aquellos padecimientos llevaba impresa la huella en su rostro demacrado y de color terroso; pero en sus ojos brillaban la inteligencia y la pasión, su porte era altivo y su estatura hermosa, y envuelto en su sotana encarnada, que le hacía más alto todavía, el nuevo jefe del Consejo del rey tenía todo el aspecto de un gran señor a quien la casualidad había hecho abrazar la carrera eclesiástica.

II.—Los partidos en Francia y la situación en el exterior

Richelieu era el hombre a la vez de los políticos y de los católicos fervientes; ambos partidos lo habían encumbrado al poder y contaban con él, el uno para realzar al Estado y el otro para sostener a la Iglesia. También en la voluntad del rey existían contradicciones: había retirado su favor a los Brulart, que resistían débilmente a España y al papa y encarcelado a La Vieuville que sacrificaba la causa de los católicos ingleses; era a la vez muy celoso de su grandeza y muy entusiasta de su fe, y el ministro que quería agrandar y durar había de dirigirle sin aparentar que le gobernaba, y servir al Estado sin perjudicar a la religión. Richelieu, a lo menos en los primeros tiempos, respetó y hasta halagó las regias susceptibilidades. En el Consejo que se celebró el mismo día del arresto de La Vieuville manifestó al rey que no debía «confiar sus asuntos públicos a uno solo de sus consejeros y ocultarlos a los demás... Todas cuantas veces querrá uno solo hacerlo todo, querrá perderse, pero al perderse perderá vuestro Estado y os perderá a vos mismo; y todas cuantas veces uno solo querrá ser escuchado favorablemente por vos y hacer á escondidas lo que debe resolverse públicamente, lo hará forzosamente para ocultar á Vuestra Majestad su ignorancia ó su malicia.»

Exponíale los asuntos de política interior ó exterior en discursos ó memorias en las cuales, antes de que se escribiera el «Discurso del Método», dividía, como dirá más tarde Descartes, cada dificultad «en tantas partículas como se podía y se requería para resolverlas» y

hacia «en todo reseñas tan completas y revistas tan generales,» que nada quedaba por decir. Este es el método riguroso que Richelieu no dejó nunca de aplicar al estudio de cada cuestión, dividiendo y subdividiendo, pesando el pro y el contra y decidiéndose no por intuición, sino por «razones suscintamente deducidas.» Delante del rey hacía este mismo trabajo de análisis y la misma demostración, con la sola diferencia de que en sus comienzos, por miedo de molestar el amor propio de su soberano, sugería la solución en vez de imponerla; pues si bien estaba seguro de su lógica, no lo estaba de su influencia y por ende se limitaba á recomendar como buenas las resoluciones que consideraba necesarias.

En aquellos primeros tiempos, Richelieu trata con grandes miramientos á todo el mundo, así á sus colegas del Consejo como á los simples secretarios de Estado á quienes no se desdena de pedir su parecer; y escribe cartas amables al príncipe de Condé, al abogado general Servin, y á un joven favorito de Luis XIII, Baradas, á quien calificará más adelante de «joven sin ningún mérito, nacido en una noche como un hongo,» y á quien, sin embargo, declaraba en 1625 (30 de julio) que estimaba como «especial favor...» «el afecto que le prometía.»

Si entonces se muestra tan complaciente, es porque necesita del apoyo de todos. ¿No se ve acaso obligado á escoger entre los «buenos franceses,» partidarios de las alianzas protestantes, y los devotos, partidarios de las alianzas católicas? Unos y otros son igualmente poderosos: los políticos cuentan con el Parlamento; los galicanos, con la opinión pública; sus adversarios se apoyan en la corte; los Jesuitas en los ultramontanos. En el Consejo mismo, Marillac, el cardenal de La Rochefoucauld, el canciller de Aligre y hasta Schomberg, quieren la lucha contra los protestantes en el interior y en el exterior, y en el mismo sentido opina María de Médicis, cuyo director, Berulle, es un hombre devoto, beato, sin inteligencia política. El príncipe de Condé, que no ha perdido la esperanza de recobrar el favor del rey y aun de llegar al poder, recomienda desde su gobierno de Berry el exterminio de los herejes.

El P. José, á quien Richelieu ha llamado á su lado, vacila: iluminado y práctico, enemigo de infieles y herejes y celoso de la grandeza de su patria, fluctúa en la incertidumbre hasta el día en que, habiéndose convencido de que sólo Francia es capaz de llevar á feliz cima la cruzada contra los turcos y los protestantes, trabajará en interés del catolicismo para arruinar á la muy católica casa de Austria.

Cuando Richelieu fué ministro, los Habsburgo estaban más unidos y eran más dichosos que nunca; el emperador había despojado al palatino y transferido por su propia autoridad la dignidad electoral á Maximiliano de Baviera, y tenía á su disposición la Liga católica que ocupaba el Nordeste de Alemania, desde la Alsacia al Wesser.

La corte de Madrid, inspirada por Olivares, le ayudaba vigorosamente. Aquel favorito de Felipe IV fué amo de España, como lo fué Richelieu de Francia y casi al mismo tiempo que él; la fortuna que los puso frente á frente los había hecho distintos, pero no indignos el uno del otro. Don Gaspar de Guzmán, conde de

Olivares, dos años más joven que Richelieu, segundón de una familia ilustre, hijo de un virrey de las Dos Sicilias, había estudiado en la Universidad de Salamanca y se había distinguido en ella lo bastante para llegar á ser catedrático de la misma. La muerte de su hermano mayor y de su padre le hizo jefe de familia y el afecto de Felipe IV le elevó al cargo de ministro principal. Fué siempre muy aficionado á los libros, á las letras y á los literatos, sin aspirar á la gloria de escritor; y aunque al subir al poder castigó á algunas hechuras de los anteriores favoritos, era tenido por humano y por personalmente enemigo de los ejemplos rigurosos. Detestaba el fausto y dejaba para su joven soberano las fiestas y el lujo en el vestir, hablando «de la moda como un capuchino y de las grandezas de esta vida con gran desprecio.» Gustábanle los negocios y el poder; pero tal como lo representa Velázquez, con sus grandes ojos turbios, sus labios apretados y su rostro largo, se nos aparece más bien terco que enérgico, más laborioso que activo, sin pasión ni calor. De estatura media, recio de cuerpo, cabellos negros, nariz larga y anchas ventanas nasales, no tenía aquella dignidad señorial ni aquel aire de grandeza que bajo sus hábitos eclesiásticos conservaba Richelieu.

Olivares reanudó la ofensiva en los Países Bajos. Espínola acosaba vigorosamente al envejecido Mauricio de Nassau, y bloqueaba Breda, exhausta de recursos (1624-1625). En Italia, sólo Venecia y Saboya estaban, por sus recursos, por sus alianzas ó por su posición, en condiciones de seguir una política independiente; el resto de la península obedecía directa ó indirectamente á los dueños del Milanésado y de Nápoles, con quienes estaba en connivencia el Papa en el asunto de la Valtelina. Urbano VIII, como Gregorio XV, no quería que los valtelinos católicos volvieran á caer bajo la dominación de los grisonos protestantes; y los españoles querían á los valtelinos libres á fin de conservar los pasajes y comunicarse directamente con los príncipes austriacos.

Los intereses de España y los del emperador están tan estrechamente enlazados, que so pena de perderse juntos, han de sostenerse forzosamente unos á otros: sin España, el emperador nada sería en Italia; sin el emperador los países anexionados españoles del Franco Condado y de los Países Bajos estarían gravemente comprometidos. La Valtelina era, pues, como dice Richelieu, «importantísima para los españoles como medio de enlace entre los Estados de Italia y los de Alemania.»

La Vieuville había proyectado atacar á los Habsburgo en aquel punto de conjunción y agrupar contra ellos á todas las potencias protestantes. Marescot, á quien enviara á Alemania, había sido muy mal acogido habiéndose negado muchos príncipes á recibir sus credenciales. El Elector de Sajonia, Juan Jorge, le preguntó si existía un rey de Francia, y habiendo el embajador contestado gravemente que el Elector no podía estar tan ignorante como pretendía de un soberano tan grande y tan poderoso, aquél replicó: «Es extraño que pueda haber un rey grande y poderoso en Francia cuando durante cuatro años consecutivos no hemos oído hablar de él.» Marescot repuso que esta respuesta trascendía demasiado á la facción de España, pero la ré-



Hic Archiducis naturam civitatem tantum, non captam ab Henrico, quarto Rege Galliarum: animi liberavit. Ostendam secundum militiam principis quadamvis constantia ad adiutorium non cesserit. Valtelinum solida vi cepit. Viennam iterato conservavit Austriam hostibus perdidit Bohemiam subegit. Moravian recuperavit. Silesiam tenuit. Hungariam ablatam Regis Franciae impugnavit. Sic vanden in obitu: uno Quatuordecimo a suis impugnavit decem confusus ab Hungaris vulneribus suis: 70 diebus Domino animam reddidit 20 July Anno 1621.

CARLOS DE LONGUEVAL, GENERAL CONDE DE BUQUOY

(Facsimile reducido de un grabado de la época)

plica del Elector fué dura: «Si hubiese sido del partido de los franceses habría muerto, como he visto morir ante mis ojos á los demás príncipes dependientes de esa corona (1).» Europa ya no tenía confianza en Francia. «El mayor trabajo que pueda tener el Consejo del Rey, decía el embajador de Saboya á Richelieu, nombrado ministro,... es devolver al Consejo la reputación de fe y firmeza en las resoluciones y promesas que le habían hecho perder La Vieuville y Puisieux.»

III.—Ofensiva en la Valtelina y sublevación de los hugonotes

Esto lo sabía Richelieu por experiencia, como él mismo dice; y por esto consideraba peligroso afrontar á la casa de Austria no teniendo autoridad ni alianzas. Era preciso obrar, so pena de ser la risa de Europa; pero era preciso asimismo abstenerse de una lucha abierta, so pena de perderse y de perder consigo «á toda la cristiandad.» La actitud decisiva y altanera que tantos historiadores le han atribuído, habría sido inoportuna. «El rey, escribió, según parece, al embajador de Francia en Roma, ha cambiado de Consejo y el ministerio de máxima. Se enviará á la Valtelina un ejército que hará al Papa menos vacilante y á los españoles más tratables (2).» Pero esta carta, citada por Voltaire, es en realidad obra de Saint-Evremond. Richelieu opinaba que el rey no debía intervenir en la Valtelina más que como defensor de los grisonos, sin invocar sus agravios particulares, pues el derecho de gentes de aquella época autorizaba á dos Estados á luchar entre sí, en favor de sus aliados, sin estar ellos en guerra.

Viendo que Urbano VIII nada decía, Luis XIII le hizo pedir «la seguridad por escrito de que si dentro de tres meses los españoles no quieren consentir en la ejecución íntegra del tratado de Madrid... Su Santidad no dejará de mandar arrasar todos los fuertes sin demora y volverá actualmente las cosas al estado que tenían antes de la contienda» (5 de septiembre de 1624).

El papa se negó á abandonar la Valtelina, y entonces el rey le escribió (6 de diciembre de 1624) que no había podido contener por más tiempo la desesperación de sus aliados, ni negarles su «real protección y ayuda para que recobrasen su libertad oprimida y los países ocupados.»

El marqués de Coevres (Aníbal de Estrées), encargado de la ejecución del plan de campaña, se había unido á los grisonos con 500 caballos y 3.000 infantes franceses, partiendo de Coire el 26 de noviembre, bajando á la Valtelina, apoderándose primero de Tirano y después de Sondrio, que en vano intentó defender el marqués de Bagny, comandante de las tropas pontificias, y pasando de la Valtelina al Condado de Chiavenna, en donde puso sitio á Ripa (enero de 1625).

Con objeto de tener ocupado al gobernador de Milán, Richelieu había renovado en Saint-Germain (5 de septiembre de 1624) con Venecia y Saboya la liga concertada en París el año anterior. Carlos Manuel, el hombre de los grandes proyectos, se brindaba á con-

quistar el Milanesado y el reino de Nápoles para Gastón de Orleans, hermano de Luis XIII; pero Richelieu quería simplemente una diversión, y el duque, con ayuda de Lesdiguières, se encargó de atacar Génova, el puerto y el banco de España.

En el Norte, Richelieu obraba como aliado de los holandeses, ordenando que se les pagara un subsidio de 1.200.000 libras, conforme á lo estipulado en el tratado de Compiègne; también prometió dinero y soldados á Mansfeld y envió á Deshayes de Courmenin á la corte de Cristián IV, rey de Dinamarca, que sentía cierta inquietud por la vecindad de Tilly (instrucciones de 12 de septiembre de 1624). Al mismo tiempo negociaba el matrimonio de Inglaterra.

Para justificar la desgracia de La Vieuville y hacer callar á los devotos, á quienes escandalizaba la guerra contra el papa, el cardenal se veía obligado á mostrarse protector exigente de los católicos ingleses. Buckingham, que pensaba lograr el auxilio de Francia para vengarse de España, decidió á Jacobo I á contraer el compromiso que se le pedía; y el rey de Inglaterra, en carta firmada por él, por su hijo y por un secretario de Estado, prometió autorizar á sus súbditos católicos para practicar secretamente su culto, con tal que obrasen modestamente y observasen la fidelidad y la obediencia debidas á su soberano. El contrato matrimonial quedó convenido en 10 de noviembre de 1624.

Buckingham esperaba, por lo menos, que á este precio el rey de Francia le ayudaría á restablecer al Palatino; pero Luis XIII se negó á obligarse por escrito y sólo consintió en pagar á Mansfeld seis meses de sueldo, asegurando á su buen hermano de la Gran Bretaña que debía fiarse de su afecto «el cual probaría él con sus hechos y con sus actos, mucho mejor que con sus palabras y con sus promesas.» Jacobo fué burlado. Había reclutado algunos millares de soldados poniéndolos bajo el mando de Mansfeld, á pesar de lo cual pretendía mantenerse en paz con el emperador y con España. Igual preocupación tenía Luis XIII. Cuando la flota inglesa que conducía las tropas de Mansfeld llegó á la altura de Calais, encontró el puerto cerrado y hubo de proseguir su ruta hasta Flessingue (1.º de febrero de 1625). Cada uno de los dos gobiernos **1625** procuraba que el otro riñera con España, pero sin reñir él con esta potencia.

Esto no obstante, la política de Richelieu no por esto era menos contraria á las potencias católicas: en la Valtelina se oponía resueltamente á los planes del papa y de los españoles; además hacía levantar en armas á Carlos Manuel y tenía á Mansfeld á sueldo. Aquel fué el momento escogido por los protestantes para sublevarse, pues no eran sensibles más que á los agravios de su partido.

Rohán, que se había instalado en Castres, cerca de los Cevennas y del Bajo Langüedoc, reclamaba respetuosamente, pero sin cansarse, el restablecimiento de la Cámara del Edicto en Castres, la retirada de la guarnición real de Montpellier y la partida de algunos buques mandados por el duque de Guisa que cruzaban por las inmediaciones de la isla de Re; y á todas sus quejas respondía el rey malhumorado que no le gustaba que los deseos de los reformados llegasen á él por mediación suya. Uno de los favoritos de Luis XIII, Toi-

(1) Gardiner, *History of England*, 1891, V, págs. 260-261.

(2) Obras completas de Voltaire, ed. Moland, *Essai sur les mœurs*, III, pág. 2.